

Plaza pública

► *Desaparición de organismos*

► *Los archivos del Cehsmo*

Miguel Angel Granados Chapa

Si el secretario del Trabajo ha ganado, mercedamente, fama de duro cuando hace de árbitro entre los factores de la producción, con mayor razón lo es cuando actúa como patrón. Por eso, seguramente orillado por la necesidad de ahorros que en algunos sectores del gobierno está siendo tomada en serio, pero también por una visión limitada y en exceso pragmática de las funciones de la dependencia a su cargo, el antiguo presidente de la Cámara Nacional de la Industria Azucarera y Alcohólica, licenciado Arsenio Farrell, resolvió que desaparecieran varios organismos adscritos a su secretaría.

Se trata del Instituto Nacional de Productividad, (Inapro), el Instituto Nacional de Estudios del Trabajo, el Centro Nacional de Estadísticas del Trabajo y el Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero (Cehsmo). A la hora de escribir estas líneas pesaba la posibilidad de sentencia semejante sobre el Consejo Nacional de Cultura y Recreación de los Trabajadores y sobre el Fondo Nacional para el Consumo de los Trabajadores. Quizá hasta buenas razones pudieran esgrimirse en algunos casos para dictaminar la desaparición, como el fomento del consumismo que en cierto sentido alentó el Fonacot, pues propiciaba el endeudamiento de los obreros. Quizá la racionalización en el empleo de los recursos permita la realización con mayor eficacia de las más importantes funciones a cargo de los organismos que desaparecen. Pero nada de eso quita, por un lado, que el proceso de supresión se haya realizado de manera taimada, por decir lo menos, cuando no sobre la base de engañar a los trabajadores de esas oficinas. Y tampoco deja de hacer pensar que la secretaría se llama del Trabajo y la Previsión Social, por lo que el cumplimiento de sus tareas no se agota en la simple mediación entre las partes cuando se trata de conflictos laborales, sino que ha de cumplir toda una política en el mundo del trabajo que reclama el ejercicio de una memoria, un registro y una posibilidad de planeación a que contribuían algunos de los organismos cuya muerte ha tenido lugar.

El Inapro, por ejemplo, realiza funciones tan necesarias que hasta se le había dotado recientemente de un espléndido edificio (en donde ahora despachará el propio titular del Trabajo, siguiendo la frecuente costumbre de duplicar las oficinas de los funcionarios superiores; y en este caso, además, para evitarles el que deban llegar hasta ese barrio tan feo que es la colonia de los Doctores, que implica además el tener que transitar por en medio de la colonia Obrera, lo cual es un exceso, ¿no?). Fundado en los años cincuenta por don Jesús Rivero Quijano como Centro Industrial de Productividad, y convertido después en Centro Nacional, el Inapro tenía asignadas labores que uno juzgaría indispensables particularmente en estos momentos de crisis. Don Manuel Bravo Jiménez, que desde el edificio vecino de la Universidad Pedagógica Nacional (metida también en dificultades) habrá visto no sin tristeza el cierre de la institución que dirigió por largos años, quizá hubiera tenido una palabra que decir sobre esta decisión si acaso en esta época de consulta popular hubiese en verdad el ánimo de escuchar puntos de vista que no necesariamente concuerden con los preconceptos que los jefes se han formado.

Es deplorable, especialmente, la liquidación del Cehsmo, sobre todo teniendo en cuenta que la vigencia del fideicomiso que lo manejaba concluiría en tres meses más. Haber llegado al término de la vigencia del contrato correspondiente, sin embargo, habría evitado el dar muestra de fuerza, que es de lo que se trata. ¿Por qué actuar conforme a la razón si se puede ser arbitrario? En sus casi diez años de existencia, este centro realizó una fecunda tarea de investigación sobre el movimiento obrero mexicano. Su labor editorial fue asimismo notable y meritoria. Hoy mismo, tenía en curso diversos proyectos que están en riesgo de perderse, como también puede ocurrir con el valioso acervo documental de que dispone. Archivos originales (como el de José C. Valadés o el de Jacinto Huitrón, dirigentes sociales; o el de las huelgas de la cordelería San Juan, de Yucatán; o el de Dorantes, mecanógrafo de la CTM, o el de la CROC, etcétera) pudieran ir a parar a simples bodegas, una vez que haya sido liquidado por completo el personal del centro (al que, hay que decirlo, se está pagando con todo escrúpulo la liquidación correspondiente).

La propia Secretaría del Trabajo, instituciones académicas o el propio movimiento obrero, debieran recapacitar en la necesidad de que la documentación sobre el pasado laboral mexicano que pacientemente se reunió durante una década no vaya a dar a la basura ni se venda por kilo. Costó algo más que su peso.